

El precio de la democracia es la vigilancia eterna

Por Adilson Araújo

El lunes primero de abril (el famoso Día de los Inocentes), se cumplen 60 años del golpe militar que tanta infelicidad causó en nuestro Brasil. Inaugurado en 1964, el régimen autoritario liderado por los generales sólo abandonó la escena 21 años después, en 1985, cuando el civil Tancredo Neves, ex gobernador de Minas Gerais por el PMDB, fue elegido presidente en una elección indirecta celebrada a través de un Colegio Electoral impuesto por los propios golpistas en sustitución del sufragio universal.

El régimen sucumbió tras una ardua lucha entre la oposición, los sindicatos y los movimientos sociales, que culminó en la memorable campaña de Diretas Já, un movimiento de masas que sacó a las calles a millones de brasileños.

Un saldo trágico

El saldo de los años plúmbeos que marcaron la dictadura uniformada es doloroso y trágico.

Los generales abandonaron la escena política de mala gana, desmoralizados y sumergidos en el barro de la corrupción que prometieron combatir.

La economía en ruinas, lastrada por la deuda externa, fue sometida a vigilancia y a ingresos recesivos del Fondo Monetario Internacional (FMI), lo que resultó en la primera década perdida en la historia del capitalismo brasileño. Entre 1980 y 1990 el ingreso per cápita del país creció como una cola de caballo. Es decir, cayó un 9%.

Miles de hombres y mujeres brasileños fueron perseguidos, arrestados injustamente y torturados sin piedad por el régimen militar por defender la democracia, la soberanía nacional y los derechos del pueblo brasileño. Cientos de estas víctimas fueron asesinadas tras ser salvajemente torturadas.

En el golpe participaron fuerzas poderosas y, como en 2016, la geopolítica también tuvo un factor determinante.

En el mundo prevalecía la llamada bipolaridad, que oponía a Estados Unidos a la Unión Soviética.

A través de la llamada operación Hermano Sam, Estados Unidos movilizó a la Armada y a la Fuerza Aérea en apoyo de los golpistas, hecho que atestigua el carácter antinacional del régimen instalado por los generales, quienes, obsesionados por el anticomunismo, se revelaron como infames vasallos del imperialismo.

Golpe de clase con apoyo militar

La dictadura se instaló con un fuerte apoyo de las clases dominantes, la burguesía y los terratenientes nativos, y en particular de los medios de comunicación burgueses, que se esfuerzan por presentarse ante el público distinguido con la máscara de campeón de la democracia y las libertades.

Como señaló el teólogo y filósofo Leonardo Boff, el día de los Inocentes de 1964 se produjo un “golpe de clase con apoyo militar”.

La clase trabajadora fue, con diferencia, su principal víctima. Los sindicatos fueron amordazados, y los líderes legítimamente elegidos por la base fueron destituidos y reemplazados por interventores designados por el régimen.

La estabilidad laboral se ha ido. El salario mínimo fue recortado. Incluso el índice de inflación fue manipulado por un IBGE en ese momento monitoreado y guiado por los militares.

Se suprimió la libertad de expresión y de prensa, dando paso a una estúpida y dañina censura previa para nuestra fértil cultura.

Por otro lado, para aumentar las ganancias del imperialismo, fue derogada la ley que elevaba el impuesto a las remesas de ganancias y dividendos, propuesta y promulgada por João Goulart, pero impugnada por las multinacionales. En 1995, el gobierno neoliberal de FHC completó la labor de la dictadura al eximir de impuestos las remesas a las casas matrices de empresas con sede en el extranjero.

Los estafadores no merecen amnistía

La economía nacional, dependiente del capital extranjero y finalmente entregada a los estados de ánimo volátiles del imperialismo, se hundió en el pantano del estancamiento.

En bancarrota, desacreditada y exhausta, la dictadura militar no pudo resistir la fuerza de las manifestaciones populares.

Sin embargo, los crímenes cometidos por el régimen quedaron impunes y el ajuste de cuentas entre la democracia brasileña y sus verdugos aún no ha concluido. Esto fue muy evidente el fatídico 8 de enero de 2023, cuando partidarios extremistas de Bolsonaro clamaron frente al cuartel pidiendo la intervención de las Fuerzas Armadas para deponer, y tal vez asesinar, al presidente Lula.

Por el bien de la democracia y del pueblo brasileño, la nueva iniciativa golpista liderada por Jair Bolsonaro y su rebaño fanático no puede quedar impune.

Los estafadores que quieren destruir el Estado democrático de derecho no merecen una amnistía.

El castigo a los partidarios de Bolsonaro involucrados en el intento de golpe y, principalmente, a Jair Bolsonaro es esencial para fortalecer y consolidar nuestra aún frágil democracia.

En estos tiempos oscuros, es bueno recordar una vieja lección expresada en una frase ahora famosa: “el precio de la libertad (y la democracia) es la vigilancia eterna”.